

Misión de los doce discípulos - Marcos 6:7-13

(Mr 6:7-13) *“Después llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos. Y les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solamente bordón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino que calzaran sandalias, y no vistiesen dos túnicas. Y les dijo: Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella hasta que salgáis de aquel lugar. Y si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren, salid de allí, y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos. De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para los de Sodoma y Gomorra, que para aquella ciudad. Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera muchos demonios, y unguían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban.”*

Introducción

Al terminar el párrafo anterior vimos que Jesús *“recorría las aldeas de alrededor enseñando”*. Fue después de esto cuando *“llamó a los doce y comenzó a enviarlos”*. Ya dijimos que el rechazo de la gente en Nazaret no podría detener la misión del Hijo de Dios mientras hubiera un mundo necesitado de escuchar el Evangelio del Reino de Dios.

En cuanto al propósito de enviar a los doce a predicar, no sólo tenía la finalidad de extender el Reino, sino que también servía para que los apóstoles ganaran experiencia y especialmente aprendieran a confiar en el Maestro estando alejados de él. Este tipo de entrenamiento tendría que prepararles para el día cuando el Señor, una vez finalizada la Obra de la Cruz, regresara al cielo y ya no estuviera presente en medio de ellos.

Las instrucciones que el Señor dio aquí a los doce se encuentran ampliadas en el evangelio de Mateo **(Mt 10:5-42)**.

“Llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos”

Como siempre, el llamamiento al servicio procede del Señor mismo.

Sobre la forma en que los envió, *“de dos en dos”*, tenemos mucho que aprender, tal como enseñaba el sabio de Eclesiastés:

(Ec 4:9-12) *“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! Que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto”*

Podríamos enumerar algunas de las ventajas de esta medida:

- Permitiría la comunión fraternal entre ellos.
- Serviría de mutuo socorro ante las adversidades.
- Podrían aconsejarse mutuamente ante las dificultades.
- Recibirían ayuda y aliento el uno del otro.
- Según la ley, serían testigos válidos al ser al menos dos.

Este principio que el Señor estableció aquí fue observado también en la primera extensión del Evangelio que nos relata el libro de Hechos. Pedro y Juan, Pablo y Bernabé, Pablo y Silas, Bernabé y Marcos, son algunos ejemplos notables de este principio.

Seguramente, esta sea una de las asignaturas pendientes del cristianismo contemporáneo: aprender a trabajar conjuntamente con otros hermanos en la obra de Cristo.

“Les dio autoridad”

En la Biblia, el concepto de autoridad siempre proviene de Dios. Los hombres tienen autoridad porque Dios se la da. Los padres tienen autoridad sobre los hijos porque Dios se la ha dado (**Dt 5:16**), igual que los gobernantes de este mundo sobre sus súbditos (**Ro 13:1**), o los pastores en la iglesia (**He 13:17**), o los jefes sobre sus empleados (**Ef 6:5**), o los maridos sobre sus mujeres (**Ef 5:22**). Esto quiere decir, por ejemplo, que si un hijo desobedece a su padre, también está desobedeciendo a Dios.

Como hemos dicho, la fuente de la que surge toda autoridad es Dios, o lo que es lo mismo, el Señor Jesucristo. Él afirmó: (**Mt 28:18**) *“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”*. El quiso dejar claro que todo cuanto existe, *“en el cielo y en la tierra”*, está incluido bajo el ámbito de su autoridad.

Y si observamos con atención lo que ya hemos estudiado del Evangelio de Marcos, veremos que muchos de los relatos han tenido como finalidad enfatizar esta autoridad.

- (**Mr 1:22**) Tenía autoridad en la enseñanza de la Palabra.
- (**Mr 1:27**) Sobre los espíritus inmundos.
- (**Mr 2:10-12**) Para perdonar pecados.
- (**Mr 4:39-41**) Sobre las fuerzas de la naturaleza.
- (**Mr 5:39-42**) Sobre la muerte.

Era fundamental que antes que los doce fueran enviados a predicar, estuvieran plenamente conscientes de que quien les enviaba tenía toda la autoridad.

En realidad, cuando Jesús estaba enviando a los doce a predicar el Evangelio del Reino, lo que estaba haciendo era enviarlos a reclamar su autoridad sobre este mundo. Él es el único que tiene el derecho legítimo de exigir lealtad a todas las personas que existen en este mundo.

Y notemos que la forma de hacerlo, no era hablando a cada persona desde el cielo, sino enviando a sus discípulos en su nombre y con su autoridad.

(Mt 10:40) “El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.”

En esto consiste la verdadera evangelización, en hacer un llamado a las personas de toda índole para que reconozcan la autoridad de Jesús en sus vidas. Por esta causa, los discípulos de Jesús deben estar preparados para el rechazo. El mismo Señor anunció que esto ocurriría:

(Jn 15:18) “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.”

(Mr 6:11) “Y si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren...”

El rechazo no debe sorprendernos, especialmente en tiempos de relativismo como los nuestros, cuando las personas no aprecian la verdad objetiva e inalterable. En este contexto, predicar que a Cristo le corresponde toda la autoridad, será visto por el mundo como una actitud arrogante que no tiene en consideración las otras creencias o a otros líderes religiosos del pasado o del presente. Por esto es prioritario que cualquiera que vaya a predicar el Evangelio de Cristo, esté plenamente seguro de su autoridad.

“No llevéis nada para el camino”

Los discípulos de Jesús no debían llevar provisiones para el camino, sino confiar en Dios para todo. Es lo que llamamos, “vivir por fe”.

Esta sencillez contrasta con el lujo y lo costoso de los viajes de muchos líderes religiosos modernos que pretenden ir en el nombre de Cristo. Por ejemplo, en julio de 2006, Benedicto XVI estuvo 26 horas en Valencia, España, y a día de hoy todavía se desconoce cuántos millones de euros gastó la Generalitat Valenciana en su viaje relámpago. A falta de información oficial, la oposición calculó que el gasto rondó los 60 millones de euros. Pero no es menos escandaloso el lujo y la ostentación de algunos famosos telepredicadores evangélicos que gustan de viajar en aviones privados, desplazarse en limusinas y ocupar las habitaciones más caras de los hoteles. Es incomprensible que estas personas, que no sólo no obedecen los mandamientos del Señor, sino que además en muchos casos hacen alarde público de su alto nivel de vida, todavía tengan miles de seguidores, que ingenuamente contribuyen para que puedan seguir manteniéndolo. Tan culpables son los unos como los otros.

Los discípulos del Señor sólo debían llevar su báculo y la ropa puesta. No debían llevar nada más para el viaje. Esto podría parecer una locura, pero les serviría para comprobar la ayuda constante de Dios. Ellos deberían mirar hacia arriba esperando en Dios para el suministro de las cosas necesarias, y evitar la tentación de mirar a los hombres o de fijarse en las circunstancias.

Por supuesto, cuando regresaron de esta misión, y de otras a las que el Señor les envió, ninguno se lamentó porque les hubiera faltado algo, más bien volvían llenos de gozo y de admiración por la ayuda del Señor.

En este punto no podemos dejar de preguntarnos hasta qué punto muchos de los misioneros modernos conservan este espíritu. Hemos conocido a hermanos con interés de salir a la obra del Señor y que han acudido a una misión en busca de apoyo y que no han tomado la decisión de ponerse en marcha en tanto que no han conseguido garantizar ciertos ingresos. ¿Dónde queda la fe y la confianza en el Señor de la mies? Por supuesto, no somos quiénes para juzgar, pero tal vez habría que reflexionar sobre este particular y volver a la enseñanza del Señor Jesús.

En una ocasión un veterano hermano decía: He conocido misioneros que siempre están trabajando buscando fondos, y estos siempre se están quejando de que nunca tienen lo suficiente. Conozco a otros muchos que siempre están trabajando para el Señor sin preocuparse por el dinero, y éstos siempre tienen lo necesario.

“Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella”

La generosa hospitalidad del Oriente de aquellos días había de suplir casa y pan. Lamentamos que esta visión se ha perdido en algunos países, donde es frecuente encontrar que cuando un hermano es invitado por la iglesia a predicar, se le hospeda en

un buen hotel de la ciudad. Sin duda, muchas veces se adoptan estas decisiones pensando en la comodidad del misionero, pero en otras, es porque las familias han perdido la práctica de la hospitalidad, y con ello una gran bendición del Señor (**He 13:2**).

Ellos debían estar en la misma casa hasta que salieran de la ciudad. Tendrían que evitar, por lo tanto, cambiar de una casa a otra, tal vez buscando mejores alojamientos. Esto daría lugar a rivalidades y chismorreos que debían ser evitados (**1 P 4:9**). El siervo del Señor debe caracterizarse por la sencillez y no debe buscar este tipo de cosas.

“Si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren, salid de allí”

Su misión se debía llevar a cabo desde el respeto a la libertad humana. El Evangelio sólo puede ser ofrecido, nunca impuesto. En el caso en que las personas no quisieran recibir ni oír a los misioneros, éstos debían salir de allí.

No es fácil saber en qué momento debemos abandonar los esfuerzos misioneros en un lugar concreto por la falta de respuesta positiva al Evangelio. El misionero siempre tendrá el deseo en su corazón de perseverar en su empeño de predicar el evangelio mientras ora por las personas, pero al mismo tiempo, debe estar atento a la dirección del Señor que le puede llevar a otro lugar como consecuencia de un reiterado rechazo. Sin duda, estas decisiones nunca son fáciles de tomar, y como siempre, el Señor tiene la última palabra.

En cualquier caso, el rechazo nunca debe paralizar al misionero. Si éste ocurriera, deberían sacudir *“el polvo que estaba debajo de sus pies para testimonio a ellos”* y continuar rumbo a otra ciudad.

“Sacudir el polvo de las sandalias” era una forma gráfica de manifestar su repulsa. Según la ley rabínica, cuando un judío entraba en Israel viniendo de un país gentil, debería sacudirse todas las partículas de polvo de la tierra inmunda. Así que venía a simbolizar que aquella ciudad que rechazara el anuncio del evangelio sería considerada como un lugar pagano.

“En el día del juicio, será más tolerable el castigo para los de Sodoma y Gomorra”

A los discípulos no se les mandó ejecutar ningún juicio sobre aquellos que rechazaran el Evangelio. ¡Cuántas guerras se habrían evitado en este mundo si algunas religiones, muy mal llamadas cristianas, hubieran atendido a este principio! ¡Con cuánta facilidad el espíritu religioso pagano, siente el deseo de utilizar la fuerza contra aquellos que no comparten sus creencias!

El verdadero cristiano sabe que él no es llamado a ejecutar ningún tipo de juicio, aunque es plenamente consciente de que hay un día de juicio para aquellos que rechazan el evangelio. Esta es una de las razones por las que siente el deseo de trabajar más arduamente en la predicación del evangelio, orando incesantemente por las almas que están en el camino de la perdición eterna.

La declaración del Señor no sólo anuncia que habrá un juicio, sino también el criterio con el que se llevará a cabo: a mayor revelación, mayor responsabilidad. Aquellos que escucharan el evangelio predicado por el Señor y sus discípulos tendrían una luz mucha más clara que la que tuvieron los habitantes de Sodoma y Gomorra, por lo tanto, la

dureza del juicio también sería mayor... ¡Y el juicio sobre estas dos ciudades no fue liviano!

“Saliendo, predicaban que los hombres se arrepintieran”

La primera parte de su misión estuvo dedicada a la predicación: *“predicaban que los hombres se arrepintieran”*. Notemos que su misión fue una extensión de la del mismo Señor: **(Mr 1:14-15)** *“Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”*.

Ellos no inventaron el mensaje, no predicaron lo que a ellos les parecía, sus propias opiniones, sino lo que Jesús les había encargado.

El tema principal de su mensaje tenía que ver con el *“arrepentimiento”*.

I. ¿Qué es el arrepentimiento?

Es un cambio interno de la mente y el corazón que va seguido por un cambio de vida que produce frutos en una nueva conducta. No es algo sensiblero, sino algo revolucionario. Es mucho más que sentir pena o pesar por algún pecado cometido. El arrepentimiento implica darse cuenta de que el camino que se ha estado siguiendo era equivocado. Es algo radical que supone un cambio total de la vida de arriba abajo.

Si alguien quiere hacerse cristiano tendrá que hacer un montón con todos sus pensamientos, costumbres y carácter, toda su vida hasta aquel momento, prenderle fuego y dejar que se reduzca a ceniza, y entonces llenarse de una vida totalmente diferente y un alma totalmente nueva.

El arrepentimiento es mucho más que dejar algún vicio y sustituirlo por alguna obra religiosa. Pensemos en una ilustración: imaginemos que un hombre va al médico y éste le diagnostica que tiene los pulmones y el corazón deshechos por causa del tabaco. El enfermo entonces se arrepiente de haber fumado por tanto tiempo, y toma la decisión de dejarlo. ¿Solucionará esto el problema? El médico le tiene que decir que la situación es demasiado grave y que sólo un trasplante de pulmones y corazón podría solucionar el problema. Y aquí es donde está la clave del asunto: dejar un pecado concreto y sustituirlo por unos hábitos más saludables no soluciona el problema, es necesario un nuevo corazón. Pero muchas personas no están dispuestas a “arrepentirse” a este nivel más profundo porque no quieren aceptar el diagnóstico que Dios hace de ellas, no creen que su situación sea tan grave. Pueden llegar a estar de acuerdo con Dios en que algunas cosas realmente están mal en sus vidas y hay que cambiarlas, pero no están dispuestas a aceptar que su condición de pecadores sea tan grave. Quienes piensan así, rechazan el concepto de arrepentimiento tal como Dios lo expone en su Palabra. Ahora bien, imaginemos que el enfermo decide someterse al trasplante de corazón y pulmones. ¿Qué le aconsejará el médico después de la operación? Pues que es un buen momento para dejar de fumar, porque ya ha tenido ocasión de comprobar lo perjudicial que esto resulta para su salud. Y de igual manera, una vez que nos arrepentimos al nivel profundo que Dios exige, luego también tenemos que hacerlo a este otro nivel, dejando aquellos pecados concretos que tanto daño nos hacen y que suponen un obstáculo para una buena comunión con Dios.

El verdadero arrepentimiento significa abandonar la forma en que nos vemos a nosotros mismos y aceptar el veredicto de Dios.

2. ¿Por qué era tan importante predicar el arrepentimiento?

Básicamente, porque no hay otro camino para entrar en el Reino de Dios que el del arrepentimiento. El pecado deshorna a Dios (**Lc 15:21**), y nos pone en deuda con él (**Lc 11:4**), y la única manera para poder disfrutar de su perdón y restablecer el honor divino que nosotros difamamos mediante nuestra conducta o actitud denigrante hacia él, es el arrepentimiento.

3. El llamado al arrepentimiento es urgente

Dios es misericordioso y ofrece perdonar al pecador que se arrepiente, pero también advierte que llegará el día en que aquellas personas que hayan rechazado su ofrecimiento perecerán en el juicio de Dios (**Mr 6:11**). Y este día del juicio está llegando. Jesús comenzó su predicación del arrepentimiento diciendo que *“el tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado”* (**Mr 1:15**).

“Y echaban fuera muchos demonios y sanaban muchos enfermos”

Esto venía a ser una demostración de la realidad y la naturaleza del Reino de Dios que anunciaban. Se trataba de lo que el escritor de Hebreos (**He 6:5**) describiría como *“los poderes de la era venidera”* que irrumpían en el mundo para sanar y para salvar.

Al mismo tiempo, acreditaban a los discípulos de Jesús como sus mensajeros. Predicaban lo mismo que Jesús y hacían las mismas obras que él.

También ungían a los enfermos con aceite. Posiblemente Marcos alude a la práctica que realizaban los presbíteros de la iglesia a la que se dirige Santiago.

(Stg 5:14) “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.”

La misión dura mientras dure este mundo

No debemos pensar que la misión era sólo para aquellos pocos discípulos y por un corto espacio de tiempo. La misión dura todavía y todos los discípulos de Jesús somos llamados a participar en ella.

(Mt 28:19-20) “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”

Preguntas

1. ¿Por qué cree que el Señor los envió de dos en dos? Explique su respuesta.
2. Desarrolle el concepto de “autoridad” a la luz de la Palabra.
3. ¿Qué quiso decir el Señor cuando mandó a sus discípulos que no llevaran nada para el camino? ¿Cree que este principio se respeta en el cristianismo contemporáneo? Razone su respuesta.
4. ¿Qué aprendemos sobre el juicio divino en este pasaje?
5. Explique qué es el arrepentimiento y razone sobre su importancia.